

Acabando de cantar vísperas de san Juan unas monjas de Granada, estando mucha gente en la iglesia, se subió en el púlpito el doctor Sumo Campo (1), loco, y estando yo presente, comenzó á predicar diciendo:

«San Juan, san Juan, más guardado que oro en pan y sábado de judío, si me alcanzáis la gracia, os daré los buenos días, hoy que sois más cantado que pan y vino por Todos Santos. No ha sido menester avisar de mi sermón, porque no toquemos campanilla para ensalada de zanahorias. Mas porque el dinero no crece en el talego y el bolsón es para la ocasión, digo que tengo mucha ropa de contrabando embargada en el estanco del silencio; mas esta vez hasta las tripas han de salir de viaraza; que soy mátalas callando, si espántalas hablando; y así, señoras madres, decirlo tengo, aunque sea á tontas y á locas: aunque (2), como el Santo de hoy, predique en el desierto (3); á quien cortó la cabeza la verdad y una pu..., íbalo á decir; y debió de ser porque mostró á los lobos el Cordero. Creedme, pueblo cristiano, que ningún cornudo se perdió por falta de cencerro. No creáis en viejo reteñido con la receta (4) del Flamenco, que, haciéndose hijo de sí mismo y borrando con campeche las pinceladas de Dios, se trueca las señas, como asno hurtado de gitano, que dice: «Tenga yo freno, que no me faltará haca.» No fiéis de gitanos, abriles ni señores, que todos son mejores. Perdido está el mundo: los que entran mozos salen yernos. A tres visitas, preñado á un cabo. Bueno es visitar á la tía, mas no cada día. Recia cosa es meter gente en casa para empreñar (5). Todo es uno, ocasiones y peligros. Majadero, ¿al fuego pones caldera de palo? Quien quiere traer gente á su ermita, se hace milagrero; y para hacer muchos de uno, dice: «Oliva, olivo

(1) En la primera de Madrid, por errata, Sumo *Camo*.

(2) *Ibid.*, omitida aquí la conjunción.

(3) *Ibid.*, en desierto.

(4) En la segunda de Madrid, *recepta*.

(5) En la primera de Madrid, para *engendrar*. En la segunda, se omitieron, cortando por lo sano, las dos palabras últimas.

y aceituno, todo (1) es uno»; porque ánade, pato (2), ganso y ansarón, cuatro cosas suenan y una son. No hay majadero que no muera en su oficio. Cuantos se condenan, es de puro majaderos. No hay otra leña en el Infierno. De majaderos se sustenta el mundo, porque en cada casa, por lo menos, *porro unum est necessarium*. Y cada porro da su porrada; aunque estamos tan cueros, que no hemos menester mano de mortero para rodar veinte escalones. Mas ¡ay, dolor! que no caemos en la cuenta, y cuando vamos trompando nos consolamos con decir: «Todo se cae en casa.»

»Majadero cano, que te fias de la dueña porque reza el oficio de difuntos, quizá porque falleció (3) tu honra, mira que esas tocas, velas de Holanda, cubren las mangas largas, para quien ni aun el Puerto de Santa María está seguro (4). Guarda la hija, reverendísimo barbón, no le dé la dueña dueño: mira que hablan á solas y andan juntas como zas-candil, zipi-zape, vísperas y completas. No hay más Flandes en Guinea que oír cómo enseña una vieja letora á una moza pasante: «Hija, prudencia es pensar muchas cosas y hacer una, y mayor engañar á muchos y pensar en ninguno. Véndete carísima, que quiere decir muy amada. No se te pase día sin línea. Al tibio ponle fuego. Si no quieres que se te pegue la olla, menéala; si diere por cima, échale agua fría; si la quieres cocer, atiza, porque á carne dura, soplos y tizonazos, y á ello. Lo que te aseguro es que ninguna se dejó de cocer por falta de cobertera (5). Ten alta portada, por la reputación de los que entran y por los cuernos de los que salen. Hince los puños, harás buena masa.» ¡Ah, vieja curtidora de guantería, mal haya un rocadero de un pergamino de bulas: ahí tengo los cartapacios de mis sermones, si faltare papelón! ¿Quién podrá sufrir á un señor majadero, oficial engerto en conde, que se ahogó su padre en un alcuza (6), que los mismos día-

(1) En la primera de Madrid, y todo.

(2) *Ibid.*, por errata, porque *añade* pato.

(3) En la edición de Ruán, *faleció*.

(4) En ambas ediciones de Madrid, *segura*.

(5) En la edición de Ruán, *cobertero*.

(6) En las ediciones de Madrid, en *una* alcuza.

blos no podrán meter paz en las cuchilladas de sus folladas, y teniendo trastejados los botones, glosado el sayo y la capa clarísima de Venecia, por un seis oros (1) que trae en el sombrerillo, dice: «A fee de caballero (y dijera mejor de caballo), que el bayo tiene »lindo pico y pára sobre los pies.» Pues, majadero, ¿sobre qué ha de parar? ¿Para qué es tanta *ola* como se te viene á la boca, sino para decir la tormenta de tus cascos? Tanto se bajan las torres cuanto se suben los muladares que tienen á sus pies, y tú estás tan alto porque te subiste sobre un fardo á alcanzar la caballería, como colgajo de uvas. Caballero cañarí, humo de higuera verde, mira que hace más viso tu nariz que tu caballería. Ya sé te has de levantar contra mí, porque no es razón que oigas el Evangelio sentado. Majadería es preguntar por las minas de hierro de Vizcaya para comprar una aguja de vainicas; como del que para matar un puerco hace información de la limpieza de sus abuelos. Y del que mira el diente del caballo que le presentaron. También lo es santificar (2) á la madre beata, porque dice con suspiro y escorzo: «Alabado sea el Esposo de las almas», y porque se arroba cuando la visita la mujer del veinticuatro, y á título de beatitud, no quiere hilar, porque no es señal de muerto tener el rabo tuerto, ni de sufrido y manso, el pescuezo de ganso. Pues ¡ya el que habla de grave en el garguero, como Berbería ó botija que se derrama, y, puestos en el cinto los pulgares, se hincha como sopa de pan caliente! Majadero es el abad que afana toda su vida, si al fin ha de morir de frío. Padre, ¿Dios no te dió hijos, y el diablo te dió sobrinos? Lucio estás como llave de portería y gordo como cochino cartujo. Por san Martín te aguardo, que darás á tu gente el mejor día. Uno recogerá la sangre de tus venas reales, otro apañará el menudo, y quedarás pelado, sin pies ni cabeza.

»A mí me aconteció levantarme de noche á estudiar, y, por tomar una vela, tomar un pedazo de longaniza, y llegar á soplar al fuego donde estaba el gato echado, y, como le relumbraban los

(1) Así en la edición de Ruán; en las de Madrid, seis de oros.

(2) En las dos ediciones madrileñas, *santificar*.

ojos, llegarles la longaniza, y echarle el diente, y dar á huir con ella, y dejarme espantado y sin estudiar. ¡Ojo avizor (1); que es el diablo el gato! Mirad que por tomar la vela no toméis la longaniza; que el gato no pierde por ladrón; mas sí un tacaño de un procurador que ayuda á su parte (entiéndese, á bien morir) y un escribano madrugador de uñas. Desdichado del pleiteante que, comprando con sus dineros la soga, piensa va á descansar al matadero. Pues, carnestolendas de Barcelona, holgáos, que mañana seréis ceniza; que al freir de los huevos buscan la sartén. Mas, dejando el lado de los cabritos, estos cernicalos de uñas prietas, digo que Dios os libre de cumplir con la Iglesia por sólo cumplimiento, porque será cumplimiento; de hacer vuestro heredero al médico; de gorriones, que á todos se levantan igualmente; de abad hecho fraile, á quien no le fiaré yo mi madre. Dios os libre, otrosí, de hidalgo con lámpara en el zaguán á costa del aceite de la ensalada, que mata con la ejecutoria la hambre; de buen mercado de narices romas; de boca papa y de ojo cardenal; de convidar al judío (si es vuestro tío) con misa ó tocino, porque, huyendo del puerco de san Antón, ha de dar en el fuego de san Antón; de la que busca á puros tragos la madre, y queda con mal de madre; de tenerlo antes bebido que hilado, y del que quiere que le agradezcan que echa bellotas á sus cochinos; de gotera blanda, que horada las piedras, y de castraros porque reñistes (2) con vuestra mujer; de ojos claros de vecino, de viña en camino, de mujer hablante y fuego junto á lino; de barba en que aprenda el oficial; de sacar al aire el candil; de huevos y estopas; de más quejado que dolido; de zapatos al revés, porque no los saquen por el rastro; de alhaja (3) que come; de un *Don* de una tienda; de astil que pesa más que el mazo; de blanca y cornado; de apóstol calabrés; de vieja que las rugas dice son del tormento que le dais con celos; de parches de caraña, por gozar del barato de la jaqueca; de gastador sin hacienda, porque ha de dar

(1) En la primera de Madrid, *avizor*.

(2) *Ibid.*, *reñisteis*.

(3) En la segunda de Madrid, por errata, *amaja*.

en milagro ó ganzúa; de beato fingido con ramplón apostólico y pescuezo de bastardillo, con rosario en la mano y Alcorán en el seno; de amistad de yerno, de sol de invierno, de cuchara de pan tierno y de flores de cuerno; de la que habla con el diablo y se espanta de un ratón; de borrico amapolero, y de vara de juez que se dobla por colgarle de la punta el peso; y de andar, andar, y no trasponer (1).

»¡Oh mundo corrupto, si no fueras redondo, fueras langaruto! No sé cómo te remiende. En pasando la tormenta, loado sea Jesucristo, de romería. No hay cosa más cierta en los convites que priesa, faltas y un borracho. Sabed, amigos, que si el tirador es malo, no hay parte más segura (2) que ponerse en el blanco. El mal ajeno es el bien de Galeno. Estudiantes badeas paran en boticarios. Prestar al enemigo es ganarlo, y al amigo, perderlo. Todo viene á cuento, tizones en febrero, cuernos en ausencia y nabos en adviento. Bueno es, para que se vaya el visitador, que el enfermo pida el servicio. El que no puede reír, acuértese de vieja con moño, ó hágase cosquillas. El que no puede llorar, tenga suegra, ó parta cebollas. No os pongáis gorra en el convite. Vuestra compostura sea sin compostura. No pongáis á borrico viejo ataharre bordado. Y porque no se nos vaya el asno, recia cosa es que asome primero el doctor que la ciencia. Hombre, el mejor caminar es buena mula, buena bolsa, y estarse en casa. Aficiónate á Iglesia, letras, mar, ó casa real; á bien mascado y bien remojado. Y cree bien y verdaderamente que no hay prima sin terciá, ni palma que dé fruto sin palmo. Si quieres buen rato, bebe frío; buena hora, come en tu casa; buen día, hazte la barba; buena semana, mata un puerco; buen mes, báñate; buen año, cástate. Y si quieres buena vida, ten buena conciencia. Aficiónate de paño de Segovia y agua (3) de sierra; sombra de tejado; de olla de cura, que traga sopas como cachorro manituerto. Créeme que no está la perfección en tener vara y

(1) En la primera de Madrid, *transponerse*.

(2) En la segunda de Madrid, por errata, *seguro*.

(3) En la de Ruán, por errata, *pagua*. En la segunda de Madrid, sin la conjunción.

media (1) de pescuezo. No fies en paciencia ofendida. Ten ojo (2) de halcón, orejas de asno, olfato de mona, boca de lechón, espaldas de camello y piernas de ciervo. Y no quieras juzgar todo lo que ves, creer todo lo que oyes (3), hacer todo lo que puedes, decir todo lo que sabes, guardar todo lo que tienes, gastar todo lo que guardas. Á gran pidiende, ten gran despidiente. Fíate de Pero Ganso, que cual la halla, tal la lleva. Á quien quieres mal, cómele el pan; y á quien bien, también; si hay poco, comienza tú el primero. Doncella, no quiero que me tañas, sino que sepas echar especias en la olla y unas soletas en las otras medias. Confesor que visitas hijas, desde aquí te marco por padre de familias. Alguacil, ponte Santantonos, porque no se orinen en ti. Boticario, ten una malilla para hacer muchos juegos della. Amo, tú no tengas al criado por amor, sino por lo que lo has menester, pues el criado no te sigue á ti, sino á tu dinero.

Repara en los conceptos
Que dentro desta albarda van secretos.

Gracia y Gloria.»

Respondió la Calentura:

—Edificada (4) estoy de ver á vuesamerced tan celoso del provecho de las almas. Vine por beber de bruzas destos fugitivos cristales y tomar residencia á las varas de los albércigos de su oficio, y uno y otro se me ha olvidado, oyendo sentencias tan mordidas de la lima, peinadas y lacónicas, que basta ver el fuego la longaniza. Quiero brevedad: piérdome por brevas. Acótome á Séneca: linda cal y arena es trabar las piedras con oro, diga lo que quisiere Lope de Vega al de Feria. Sólo uno en el mundo gongoriza. Perdóneme el *Antidoto* y la escuela del S. Herrera (5). Rueda quiero de na-

(1) En las tres ediciones, por yerro, sin duda, vara y *medida*.

(2) Así en la edición de Ruán como en las dos de Madrid, *ocio*; mas parece evidente errata, por *ojo*.

(3) En la segunda de Madrid, creer lo que oyes.

(4) En las tres ediciones, también probablemente por errata de la original, *Deificada*.

(5) Así en la edición de Ruán y en la primera de Madrid, por *señor* Herrera. En la segunda, disparatadamente, del *San* Herrera.

vajas. No me degüellen con paleta de afrecho. ¡No sufro sábana, cuanto más á Lilibeo!

He andado y visto tanto, que puedo ayudar á vuesamerced con un grito; no es barruntar, que eso sería *untar* con *barro*, sino visto por estos ojos, perdóneseme el pleonasmos. De mí se defiende el Turco paseando; el Moro, ayunando; el Tudesco, bebiendo; el Inglés, tragando; el Flamenco, vomitando; el Español, sangrando; el Indio, bailando; el Italiano, durmiendo, y el Francés, purgando. De que se ha seguido ver aún más males (1) de los que vuesamerced llora. Mas quien la hace (2), la espere; que boca amarga no escupe dulce. Si ya no es que mi mala condición lo aceda, como la de vuesamerced lo ladra. Hoy me enfadé [de] oír dos casadillos bajos de empeine riñendo por puntos de honra, y decía él: «Vos señora y yo señor, ¿quién cinchará la burra?» Muchas veces me abochorno, y con la cólera desvarío, viendo lleno el mundo de más excelencias que mercedes; de hábitos en los pechos, de no hacer cosa buena. Al que jura «en mi conciencia», luego le miro á las manos. El mayor daño de las casas hallo que es la mujer, el humo, el gato y la olla, y que muchos males se encierran en uno: en la mujer, en el hospital, en el balazo, en la cárcel, y en el ventero. La toga del letrado cose la ostinación (3) del litigante. El loco fia á otro su mujer, deja que prueben su espada y que cuenten su dinero, y, por vengarse de los ratones, quema su casa; si bien es verdad que no hay despensa sin ellos. Veo que faltan amistades, y no amigos; que los ciegos tienen espejo; los idiotas, atril. Sardina pesca trucha. Y no he visto suegra, ni aun de oro, buena. En los linajes hallo de todo; la ciencia sin seso veo que es locura, y que el perro lisonjea por pan. Quien quisiere vivir en este mundo, créame, y no apure; pague y hará caudal; dórelas porque las traguen, rasque á cada uno donde le come, cierre la bolsa y la boca. Mídase con su medida. No se asegure en privanzas. No tire tanto,

(1) En la primera de Madrid, más malos.
 (2) *Ibid.*, lo hace.
 (3) *Ibid.*, ostentación.

que quiebre. No se meta en más de lo que puede. No enoje orejas ajenas. Enséñese á sí primero. Piense muchas y haga una, y ponga en cada puerta su batidero. Sepa que cada balanza tiene su contrapeso. Y que honra de palabra vale mucho y cuesta poco; que paciencia, tiempo y dinero salen con todo; y que parecer sin ser es urdir sin tejer; y que el tiempo, las palabras y piedras no pueden volver á la mano. El que quiere llegar á viejo no tema más que á Dios. Vista abrigado, coma tasado, porque poco se debe al deleite y mucho á la salud. No ande á buscar viento que otro no haya resollado. Tenga la anguilla (1) con hoja de higuera. Dele á su criado el zapato que le aprieta; contente su deseo con poco. Ahorre de deseos, porque la muerte llega envuelta en esperanzas. Y la sortija de oro no sana el panarizo, ni la corona el dolor de cabeza. Mas esto es gran trabajo de la vida: que el molino no ha menester ruido, y no puede andar sin él.

Todo anda como Dios lo remedie. Eso es ir á los convites que á la sierra de Bullones (2). Dinero es la ruda de todo mal de madre. Ventura alcanza más que brazos largos. Desventura corre más que vejamen (3). El mismo que ayer fué cabrón es hoy cuero. Á ciento de renta, mil de vanidad; y antes se acaba la hacienda que la locura. Ninguno se mide con su palmo. Enojos se ahogan en tazas. Bordadores y albarderos todos dicen que dan puntadas. Los que hacen albardas se llaman jubeteros de lo basto; los escribanos, secretarios; los carniceros, cortadores; los jíferos, carniceros; la casa de juego, casa de conversación; las ramerías, cortesanas; y los verdugos, médicos. Mueren los asnos y entierran los lobos. Perdonamos que no den, á trueco de que no nos quiten. La esperanza del perdón facilita los delitos. Lanza de oro á cuantos quiere mata. El interés acaba con la amistad. Fruta junto al camino no llega á madurar. Los casados se arañan de día, y de noche duermen juntos los traseros, apartadas las cabezas, como águila impe-

(1) Así en la edición de Ruán y en la primera de Madrid; en la segunda, *anguila*.

(2) En la primera de Madrid, de *Bastones*.

(3) *Ibid.*, por grosera errata, *Bejamin*.

rial. El gusto de lo que se tiene se pierde con lo que se desea. A ninguna cosa se llega á fuerza de voluntad, sino á fuerza de brazos. Quien busca agradecidos, busca enemigos. El sediento, en habiendo bebido, vuelve las espaldas á la fuente. La nube que el sol levanta escurece al mismo sol. Por más que se regale á la ortiga, siempre pica. El puerco no alza los ojos al que le varea las bellotas. En las bocas parleras crecen las nuevas como trigo mojado. Señor hay (1) que vende el sol. Y, como Tiberio, los orinales. Mas huélgome que los que lisonjean murmuran. Que el que más no puede, acude á los dientes. No hay quien haga limosna, sino hartos y muertos; que el puerco no da provecho hasta San Martín. Muchos se levantan con el peso, no como palmas, sino como dominguillos. Sólo un bien hallo en este mundo: que mujer con chapines, la media es de corcho: del mal el menos. Sobre un corcho anda la honra de los hombres.

Hidalgo hay que come frío porque caliente es de gente ordinaria. Y asno matado, que, por las moscas, se cuelga una gavilla de la cola. La soldadesca esconde en plumas la locura, mientras hace vehemente cerote. Las mangas largas son las primeras que entrar á comer en el plato. Todo anda punta con cabeza. Manchas salen untando. Y no hay puerta que suene, untados (2) los quicios. Retíñese el viejo de Malpica, y quiere que creamos que es milagro, y no escabeche. Todos quieren ser menos buenos que famosos, y menos temen á la conciencia que á la fama. No buscan en sí la virtud, sino en otros; sólo lo provechoso tienen por justo. Como humanos, se ceban en lo humano. No excusan desear lo que no pueden ni deben. Sin amar quieren ser amados, y alabados sin tener (3) la mano floja. Pues sepan que la abeja no llega á flor marchita, y que hombre sin virtud es moneda sin cuño. Todos sabemos que tiempo y paja maduran servas; que á quien sabe aguardar, todo le viene á pelo; que el loco labra casa y doma po-

(1) En la primera edición de Madrid, Señor *al*.

(2) En la edición de Ruán, *untandos*, errata que tanto hace á *untando* como á *untados*.

(3) En la primera de Madrid, sin *temer*, por evidente errata.

tro para otro; que cada hormiga tiene su sombra, y que entonces se pierde, como la mujer, cuando le nacen alas; que aforro del buen servir es el buen aborrecer; que falta de hábito suple un remiendo; y que la santa pobreza no tiene más bienes que merecellos todos y despreciallos. También sabemos que á quien de todo se siente no faltan (1) dolores de cabeza; que no es menester zorrero para cazar una Mari-García; que todos se ríen del mono, y él de todos; que la hacienda no es de su dueño, sino del que la goza; que no hay cosa más prolija que plantar palma, comenzar pleito y aguardar que se muera un viejo; que el diablo quiere á los suyos. Item sabemos que el ave fénix, el canto del cisne, los granos de helecho, la sirena de la mar, los duendes, la verdad, la sombra del Marqués de Villena, y Juan de Espera en Dios es lo mismo que la fortuna, la historia de san Amaro, y el cuentecillo del ánima de Trajano. Botas bien guisadas comeré: no verdades crudas. Todo es apariencias azotar la sombra, prender el viento, arar el agua y salir después del año el pronóstico. Quédanse (2) sin misa los sacristanes. Grandes ladrones castigan á los chicos; así los peces. Mentecaptías de rico son varas de medir. Éste trae el juicio en los carcañares, como quien baja escalera; que en el sentar el pie se brujulea el seso. Aquél es conocido por su mujer, con que alcanza más que la porfía. El escribano hace el testamento en la uña, de lo que agarra con ella, por la reglilla de «uñero, uñero, para mí me lo quiero». El otro que se muere hinche el entierro de lutos y cantores, aunque no haya para misas y vaya atrancado de estopas porque no haga (3) la puf. Otro deja las amistades señaladas en la mano, como gato. Berrenchín hay que, porque huyó el asno, se venga en la albarda. Y capricho que pretende suplir la falta del pan con villancicos. Uno, entre dos sillas, se sienta en el suelo. Y otro parte de carrera á requebrar á la viuda, en el entierro de su malogrado. Muchos pare-

(1) En las dos ediciones de Madrid, no *le* faltan.

(2) En la edición de Ruán, *Quedarse*.

(3) En la edición de Ruán y en la segunda de Madrid, por errata, *hago*.

cen gordos, como perros lanudos, que mueren de pura hambre. ¿Qué quiere vuesamerced que diga, sino que todo lo que es mundo es mentira verdadera?

Los que á mí me hacen guerra son los médicos, valientes de la hoja del libro de la muerte. Y más me conservan ellos que los pepinos. No hay puñal buido como su récipe. Los anillos de sus dedos muestran por despojos de los que derriban. Las gualdrapas, por luto. Así envasan en un cuerpo cristiano como en un aljibe; quitan la vida á costa del dinero. A todos ponen en sagrado. Así herrasen las mulas como las curas. Don Francisco de Quevedo (1) vido en sueño (2) que «fueron entrando unos médicos á caballo en mulas, que con gualdrapas negras parecían tumbas con orejas. El paso era divertido, torpe y desigual, de manera que los dueños venían encima con maretas y algunos vaivenes de aserradores; la vista asquerosa, de puro pasar los ojos por los orinales y servicios; las bocas, emboscadas en barbas, que apenas se las hallara (3) un braco; sayos con resabios de vaqueros; guantes en infusión, doblados como los que curan (4); sortijón en el pulgar, con piedra tan grande, que cuando toman el pulso pronostican al enfermo

(1) En la segunda edición de Madrid: *El S. D. F. Quevedo*.

(2) En la *Visita de los chistes*, lindísimo opúsculo escrito en 1621-22, y que se llamó primero *Sueño de la muerte y el Marqués de Villena en la redoma*. ESPINOSA, que era muy amigo de Quevedo desde las lozanas primaveras de la mocedad, ingirió en su novelita, por fineza, unos párrafos de esta obra, de la cual quizás tendría copia de la mano misma del Señor de la Torre de Juan Abad. El texto de estos párrafos difiere no poco del de las colecciones impresas, y á menudo lo explica y aun lo mejora, cosa que bien se echará de ver cuando se reimprima la *Visita de los chistes* en la nueva edición de las *Obras de Quevedo* que publica en Sevilla la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, bajo la sabia dirección de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

En la edición de Ruán faltan de todo en todo estos párrafos de Quevedo, cosa que tiene buena explicación. Á la cabeza de ellos nombraba ESPINOSA á su amigo, como lo que era: como persona distinta del autor de *El Perro y la Calentura*, y el editor cayó en la cuenta de que por ahí podrían percatarse los lectores de ser falsa la atribución del libro á Quevedo. Por idéntico motivo suprimió la carta preliminar de ESPINOSA.

(3) En ambas ediciones de Madrid, se las hallará.

(4) En la segunda de Madrid, como lo que curan.

la losa. Eran ellos (1) en gran número, y todos venían chorreando platicantes, que, cursando en lacayo (2) y tratando más con las mulas que con los doctores, se graduan de médicos. Y viéndolos dije: «Si destos se hacen estotros, ¿qué mucho que estotros nos deshagan á nosotros?»

»Al rededor venía gran chusma y caterva de boticarios (¡paciencia, enemigos míos!), con espadas desenvainadas y jeringas en ristre, armados de cala y parche, como de punta en blanco. Los medicamentos que éstos venden (aunque estén caducando en las redomas de puro añejos (3) y los socrocios tengan telarañas) los dan por recién cortados de la pieza; y así, son medicinas redomadas las suyas. El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, pásase por el tableteado de los guantes del doctor y acábase en las campanas de la iglesia. No hay gente más fiera que estos boticarios: son armeros de los doctores: ellos les dan las armas; no hay cosa suya que no tenga achaque de guerra y que no aluda á armas ofensivas. Jarabes, que antes les sobran letras para jaras, que les faltan. Botes, se dicen (4) los de pica. Espátulas son espadas en su lengua. Píldoras son balas. Cristeres y medicinas, cañones; y así llaman cañones de medicina. Y bien mirado, si se toca las teclas de las purgas, son tiendas; y ellos, los infiernos; los enfermos, los condenados; los médicos, los diablos. Y es cierto que son como diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y los malos no sean buenos jamás.

»Venían todos vestidos de recetas, coronados de R. R. asaeateadas, con que empiezan las recetas, y consideré que los doctores hablan á los boticarios diciéndoles: *Recipe*, que quiere decir *recibe*. De la misma suerte habla la madre á la hija y la cudicia al

(1) En la segunda de Madrid, *estos*.

(2) En la primera de Madrid, en *lacayos*.

(3) En la segunda de Madrid, *añejos*.

(4) *Ibid.*, si dicen.

ministro (1). No hay en las recetas otra cosa que R. R. asaeteadas por delincuentes, y luego *ana, ana*, que juntos hacen Anás y Cayfás, para condenar á un justo. Síguense onzas y más onzas. ¡Qué alivio para desollar á un cordero enfermo! Luego ensartan nombres de simples, que parecen invocación de demonios: *buphtalmus, opoponax, leontopetalon, tragoriganum, potamogeton, senos pugillos, petroselinum, scilla, rapa* y *vinix* (2). ¿Sabéis (3) qué quieren decir estos espantos, ó barahunda de voces, tan rellenos de letrones? Son zanahorias, rábanos y perejil, y otras suciedades al mismo tono. Y como han oído decir «quien no te conoce te compre», disfrazan las legumbres porque no sean conocidas, y las comprenden los enfermos. *Eglomatis* (4) dicen es la medor. *Catapotia* (5), las píldoras. *Balanos*, la cala. Y son tales los nombres de sus recetas, y tales sus medicinas, que las más veces, de asco de las porquerías y hediondecas con que persiguen á los enfermos, se huyen las enfermedades. Porque ¿qué dolor habrá de tan mal gusto, que no huya de los tuétanos, por no aguantar el emplasto de Guillén Zervén, y verse convertir en baul una pierna ó un muslo?

»Cuando vi á éstos y á los doctores entendí cuán mal se dice, para notar diferencia, aquel asqueroso refrán: «Mucho va del culo al pulso». Que antes no va nada, y sólo van los médicos; pues inmediatamente desde el pulso van al servicio y al orinal á preguntar á los meados lo que no saben, porque Galeno los remitió á la cámara y á la orina, y, como si el orinal les hablara al oído, se le llegan á la oreja, vaheándose (6) los barbones con sus nie-

(1) En la primera de Madrid hay *un salto* de tres palabras, y dice: ...habla la madre á la cudicia al ministro.

(2) He restituído estos nombres bárbaros, estropeadísimos así en la edición de Ruán como en las madrileñas, con vista de la nota que puso Fernández-Guerra á este pasaje en su edición de las *Obras de Quevedo* (Biblioteca de Rivadeneyra, tomo xxiii, pág. 334).

(3) En las dos ediciones de Madrid, *Saber*, y falta la interrogación.

(4) En el texto de Fernández-Guerra, *Elingatis*.

(5) En la primera edición de Madrid, *Catapitra*.

(6) En las dos ediciones de Madrid, *babedándose*. Evidente errata.

blas. ¡Qué es verles hacer que se entienden con la cámara por señas, y tomar su parecer al bacín, y su dicho á la hedentina! No lo esperara (1) el diablo. ¡Oh malditos pesquisidores (2) contra la vida, pues ahorcan con el garrotillo, degüellan con sangrías, azotan con ventosas, destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos, sin alma y sin conciencia!

»Luego se seguían los cirujanos, cargados de pinzas y tientas, cauterios y tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetines. Entre ellos se oía una voz muy dolorosa, que decía: «Corta, arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punza, rebana, descar-na y abrasa.» Dióme gran temor, y más verles el paloteado que hacían con los cauterios y tientas. Unos huesos se me querían meter dentro de otros, de miedo. Híceme un ovillo. En tanto, vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes, haciendo bragueros: en esto conocí que eran sacamuelas, el oficio más maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejez. Estos comen con muelas ajenas, y no ven diente que no querían ver antes en su collar que en las quijadas. Desconfían á la gente de santa Apolonia, levantan testimonios á las encías y desempiedran las bocas. No he tenido peor rato que tuve en ver sus gatillos. Andan tras los dientes ajenos, como si fueran ratones, y piden dineros por sacar una muela, como si la pusieran.

»¿Quién vendrá acompañando á tan maldita canalla?» decía yo, y me parecía que el diablo era poca cosa para tan mala gente, cuando oí venir gran ruido de guitarras. Alegréme un poco. Tocaban todos pasacalles y vacas. «Que me maten si no son barberos»; y ellos que entran. No fué mucha habilidad acertar; que esta gente tiene pasacalles infuso y guitarra gratis data. Era de ver puntear á unos y rasgar á otros. Yo decía entre mí: «¡Dolor de la barba, que ensartada en saltarenes se ha de ver rapar, y del brazo, que ha de recibir una sangría pasada por chaconas

(1) En la segunda edición de Madrid, *esperará*.

(2) *Ibid.*, *pesquesidores*.

»y folias!» Y consideré que todos los más ministros del martirio de la muerte estaban en mala moneda, y eran oficiales de vellón y hierro viejo, y que solos los barberos se habían trocado en plata, y entretúveme en ver sobajar una barba y manosear una zalea.»

Mas, porque amigos ni enemigos son buenos para testigos, subamos otro paso. ¿Qué aprovecha linda esposa, si es de prisión? ¿Sacar un pie del cieno y atascar otro? ¿Qué grandeza es escupir sangre en tapete de oro? ¿Qué colirio alcoholarse los ojos con navaja? ¿Qué prudencia soltar los perros y atar las piedras? ¿Qué devoción rogar al santo no más hasta pasar el río? ¿Qué priesa huir en zancos? ¿Qué guisado faltarle la sal al huevo? Ahora pregunté á un cazador: «¿Adónde bueno?» Respondió: «Ahí vamos á matar la merced de Dios.» Dijo un culto en sus etimologías (habilidad de mazonería) (1) que el tocino hacía *chi*, y el ama dijo: *me-nea*; de ahí se dijo *chimenea*. Antes de enterrar á su marido, vi que pedía una viuda sopas de la olla (2) y vino, para llorar cuando viniesen los abades. No hay que fiar de monja bautista, que celebra la fiesta con buñuelos de viento; de viudo que se casa, porque se rebela (3); de pisar menudico, hablar ceceoso, boca rubia y ojos azules; de manteca de bonete para ablandar á Faraón, siendo mejor aceite de ladrillo; de ventolera de vano, botecillos de fea, de letras gordas, coyoles (4) de santero, de forzado en religión, de cabellos de oro por la virtud de un poeta; de amor con uñas, como sol de invierno; de miradurísima (5) por saetera de manto; de hacer cámara, por hacer sala; de ciencia de pobre, de fuerza de ganapán, de vuelta de dado, de prosperidad antigua, de nube de estío, de serenidad de invierno, de migas de suegra, de beata escrupulosa, de casa recién hecha, de mesonero nuevo, de santero visitador, de virginidad de arraihán, de pan de silo, de leña de higuera, de letrado zurdo, y de vino de botija; de fiar, confiar y porfiar; de

(1) En la primera edición de Madrid, por burda errata, de *mesonería*.

(2) *Ibid.*, de olla.

(3) En la segunda de Madrid, se *repela*.

(4) En la primera de Madrid, *cayoles*.

(5) *Ibid.*, mira *duríssima*. Es donairoso superlativo de un sustantivo.

hombre con rincones; de mujer que en todo lugar mora (1), sino en su casa, y del que mantiene tela para cortar de vestir.

Hidalgo mío, ¿una noche estás en vela y otra en candil? Mercader, ¿el cajón tienes á oscuras, como si fuera verdad? Estudiantico que demandas en un guante, tu devoción es en favor de un buñolero. Santa simple, aunque doble, no me bautices el bostezo por suspiro para que sepa dónde te sientas. Desvanecido, ¿no sabes que en linajes grandes hay alcaldes y taberneros? Confiadillo, contigo come quien te los pone. Galancete, el buen traje cubre ruín linaje. Hipócrita, créeme, que no hay que trajinar cuando el harriero da gracias á Dios. Hablador, el horno se caldea (2) por la boca. Privado, en lo alto se aprende el vuelo del albañil (3). Y el muy sano muere de la primera. Vieja sin dientes, no vayas á bodas, sino á entierros. Alguacil, no digas: «tenéos á la justicia, y dad acá la bolsa.» Prolijo consolador, trae aceite si quieres llorar toda la noche; que en salvo está quien repica á fuego. Enfermo, que prometiste ir á comer un pavo á la ermita, ¿por qué en ella tragas tanto, que vuelves á enfermar? Pretendiente, si no quieres que se te vaya el agua, no te falte zulaque. Encogido, mira que el dedo meñique (4) no llega á untarse en el plato como esotros, por estar encogido, y que cada uno se labra su fortuna. Mandria, no quiero dinero que haya menester hombre, sino hombre que haya menester dinero. Cariampollar, si no sabes reñir, cástate; mas repara en que puerco fiado da buen invierno y mal verano. Ya sabes (5) que la señora mujer ha de hacer tres salidas: al bautismo (6), al casamiento y á la sepultura. Y que tiene cuatro virtudes: quejarse de algo, mentir sin pensar, ir adonde quiere y llorar sin por qué. No basta ser casta para ser buena. Mujer y naranja, la más lisa. Mujer y vidrio, en un tris. Mujer y mula, por halago. Sopas y amores, los primeros.

(1) En la primera edición de Madrid, *moxa*.

(2) En la edición de Ruán, *cardea*.

(3) En las dos ediciones madrileñas, *albañil*.

(4) En la primera edición de Madrid, *miñique*.

(5) En la edición de Ruán, *Y sabes*.

(6) En las dos ediciones de Madrid, *baptismo*.